



©Sidahmed Muftha

FATIMATU MOHAMED ALI DAHRWAR

Encarcelada de 1976 a 1991

Esta es la historia de una valiente luchadora que, con 18 años, fue arrestada y detenida injustamente, lo que le hizo sufrir durante los siguientes 16 años una dolorosa separación de su hijo, de un año. Esta historia tiene un comienzo oscuro, pero un final feliz cuando Fatimatu conoce al amor de su vida dentro de los confines del encarcelamiento. Hoy, con 65 años, sigue decidida e inquebrantable en su dedicación a la liberación de su país.

Ya desde una edad temprana, Fatimatu albergaba una profunda fascinación por las conversaciones políticas en torno a la lucha saharauí por la libertad. Incluso de niña, estaba inmersa en cuestiones políticas, y empezaba a idealizar los conceptos de resistencia, guerra y martirio.

Su madre era amiga íntima del líder saharauí El Uali Mustafa Sayed. Esto hizo que Fatimatu tuviera una visión profunda y personal de los primeros años de la resistencia saharauí contra las potencias extranjeras.

Según Fatimatu, El Uali confiaba en su madre, a la que le confió documentos importantes, como manuscritos políticos y culturales. Estos documentos contienen las ideas y los principios de la revolución saharauí. Su madre los guardó hasta que huyó a los campamentos de refugiados saharauis.

Fatimatu era sólo una adolescente cuando España cedió el control del territorio, lo que marcó el inicio de la ocupación marroquí. Aun así, se casó joven y tuvo a su primer hijo, Brahim, a los 16 años. A medida que Marruecos avanzaba en los territorios con sus fuerzas armadas, numerosos líderes militares saharauis, junto con la mitad de la población, buscaron refugio en Argelia.

Cuando el ejército marroquí se encontró con dificultades para capturar a los líderes, centró su atención en los aliados y partidarios más cercanos de éstos. A pesar de las advertencias de los miembros y simpatizantes del Polisario de que evacuaran la ciudad por su seguridad, Fatimatu y su familia se negaron a marcharse.

Los marroquíes tenían una lista de nombres, entre ellos el de Fatimatu. Afortunadamente, habían escrito mal el nombre de su madre por un golpe de suerte. Esto salvó a su madre de la detención. Fatimatu y su tía no tuvieron tanta suerte.

La detención de Fatimatu

Las fuerzas llegaron a su casa a altas horas de la noche acompañados por docenas de hombres. La llevaron a otra habitación, separada del resto de su familia.

En un intento desesperado por ganarse la simpatía de las fuerzas marroquíes, la madre de Fatimatu hizo venir a Brahim para estar con su madre, que pudo cogerlo en brazos sólo un momento. Las autoridades desconfiaban de que ella fuera la madre hasta que empezó a amamantarlo. Mientras daba el pecho a su hijo, tiraron de él para separarlos. Aunque al principio se resistía, lo soltó, preocupada porque le hicieran daño a él si resistía más.

Este incidente ocurrió el 26 de febrero de 1976. Gracias a un giro del destino y a una estratagema, su madre consiguió escapar, pero fue testigo de cómo arrastraban a su hija a la fuerza y la metían en un coche, con los ojos tapados y las manos esposadas.

Aquel fatídico día, el ejército invasor detuvo a docenas de saharauis y les trasladó a un centro fuera de la ciudad. Fatimatu relata vívidamente que el ambiente dentro de las instalaciones estaba lleno de sonidos de dolor, gemidos y gritos; los hombres y las mujeres apretujados a la fuerza. Los guardias marroquíes mostraban una brutal falta de respeto por la dignidad humana y propinaban patadas, puñetazos y tirones a los detenidos que trasladaban a rastras.

Nadie sabía adónde los habían llevado, y sus familias no tenían forma de saber si estaban vivos o muertos. Mientras tanto, Fatimatu y otros detenidos soportaron días de privaciones, sin comida ni agua, sometidos en todo momento a incesantes abusos verbales y físicos. Entre los detenidos había un total de 35 mujeres; sólo se liberó finalmente a 29. El rey marroquí vigente ordenó expresamente que no fueran liberadas en ese momento.

Los planes propuestos de ejecuciones

Un guardia marroquí destacaba entre el resto. Incluso simpatizaba con los prisioneros y solía compartir información con ellos. Cuando murió el líder saharauí El Uali, este guardia trajo una radio para compartir la noticia. Al llorar su muerte, los detenidos revelaron por primera vez abiertamente a los guardias su afiliación al movimiento revolucionario.

Tras el fallecimiento de El Uali, las fuerzas de seguridad marroquíes iniciaron planes para ejecutar a los presos políticos, con el objetivo de eliminar a toda una generación de activistas vinculados al líder revolucionario.

Les reunieron para otra ronda de interrogatorios más, pero el ambiente era distinto. Les ofrecieron carne, leche e incluso postres: una especie de última cena. Entre los detenidos empezaron a circular rumores, no alimentados por la sorpresa sino más bien por el sobrio reconocimiento de que se acercaba el día esperado.

Fatimatu no tenía miedo en ese momento. Desde el día en que se unió a la resistencia, comprendió que podría culminar en este desenlace y había aceptado hacía ya tiempo dar su vida por la causa. Después de cinco días más, les dijeron que les trasladarían a una celebración en Uarzazat, donde serían liberados. El guardia que simpatizaba con ellos les aconsejó que no se fiaran de lo que les dijeran y les animó a rezar por su seguridad y su supervivencia.

El gobernador del rey marroquí en El Aaiún, artífice de su detención, quería matar a los presos quemándolos y, así, ejecutarlos de forma eficiente. Sin embargo, el rey marroquí prefirió un castigo más doloroso: la muerte lenta.

Esto supuso trasladar a los presos a un centro de detención secreta en Agdz. Las condiciones allí eran inhumanas: ni mantas ni colchones, sin acceso a medicinas y con acceso limitado a alimentos e higiene. Los prisioneros estaban apretujados en espacios pequeños y estrechos, que Fatimatu describió como si fueran sardinas en lata. Tenían que

dormir de lado para tener suficiente espacio y que todo el mundo pudiera descansar. No había espacio para separar a las personas enfermas de las sanas. Como consecuencia, se producían brotes de enfermedades y los enfermos sufrían y fallecían entre los demás prisioneros, a los que se torturaba sistemáticamente. Sólo el primer año murieron 28 presos políticos.

Permanecían con los ojos vendados día y noche y sólo se les permitía salir diez minutos al día para ir al baño. A veces, los guardias los mantenían encerrados durante días enteros, diciendo que se habían "olvidado" de ellos, incluso después de oír sus quejas. Incluso durante los períodos breves permitidos para ir al baño, no les daban tiempo suficiente y los sacaban bruscamente antes de que terminaran de hacer sus necesidades.

Las apelaciones a organizaciones internacionales

Por fin, en 1979, los prisioneros tuvieron acceso a algunos medicamentos. El Frente Polisario había hecho un llamamiento a las organizaciones internacionales, instándolas a presionar a Marruecos para que revelara el destino de todos los activistas saharauis secuestrados y detenidos arbitrariamente. El resultado de esta incidencia fue el suministro de analgésicos a los prisioneros, lo que alivió su sufrimiento y redujo las fiebres.

16 años oscuros de encarcelamiento

Fatimatu y sus compañeros soportaron la escalofriante cifra de 16 años en prisión sin que nadie pudiera localizarles. A lo largo de esos 16 años, su paradero siguió sin conocerse, lo que dejó a sus familias y al mundo en la incertidumbre sobre su bienestar. No fue hasta la década de 1990 cuando se conoció su paradero, y la presión internacional ejercida por el Polisario contribuyó decisivamente a mejorar en cierta medida sus condiciones.

Valentía, solidaridad, educación, sororidad

Durante 16 años, estas valientes y resistentes mujeres se apoyaron mutuamente en la pesadilla de la detención arbitraria. Su unidad y solidaridad las mantuvieron cuerdas.

Las que tuvieron la suerte de haber recibido una educación se convirtieron en maestras de sus compañeras. Pelaban yeso, o pintura, de las paredes para utilizarlo como tiza para practicar la escritura. La parte trasera de sus sandalias (o sus ropas de color negro, las melhfas) servían de superficie para escribir. Esta era una actividad peligrosa, y tenían que asegurarse de ocultar a los guardias todo rastro de su educación. Algunos guardias eran más comprensivos y les llevaban libros para leer. Estos materiales debían ocultarse.

Las mujeres memorizaban cada lección. Por la noche, organizaban veladas de diálogos poéticos, canto y poesía saharauí.

En compañía de Fatimatu dentro de los confines de la prisión estaba la poeta saharauí Fatma El Galia, que compuso la mayor parte de su poesía entre rejas. Por miedo a posibles represalias nunca escribió ninguna de sus obras, sino que se aprendió los versos de memoria. Años más tarde, cuando se recopiló la poesía de Fatma, la mayoría de los poemas se transcribieron basándose en los recuerdos de Fatimatu.

Libertad

En 1991, Fatimatu salió por fin de la cárcel y pudo embarcarse en un nuevo capítulo de su vida.

Durante su encarcelamiento conoció a su segundo marido, el amor de su vida. Tras casarse con su primer marido a la tierna edad de 13 años, él se había refugiado en los campos de Argelia y se había vuelto a casar en la época en la que ella entró en prisión. Fue posible anular su matrimonio tras su liberación, y el proceso concluyó en 1993.

En 1994 se casó con su gran amor. Su segundo marido, un artista talentoso, fue detenido por el carácter político de su arte y pasó 12 años en la cárcel. Fatimatu lo describe como un amigo en la adversidad, un compañero de vida y un leal aliado junto a ella en la lucha por la independencia. Tuvieron tres hijos más juntos.

Fatimatu en la actualidad

Hoy, la salud de Fatimatu es delicada. Los años de trato inhumano en el centro de detención han dejado secuelas duraderas, y sufre varios problemas de salud.

Ninguno de estos problemas le ha impedido protestar contra la ocupación marroquí del Sáhara Occidental. Participa regularmente en manifestaciones y apoya a sus familiares que comparten las mismas convicciones.

En 2011, su sobrino Hassan fue detenido en el campamento de protesta de Gdeim Izik y condenado a 30 años de prisión. Lo visita regularmente en la cárcel, compartiendo con él su fuerza y su experiencia y llevándole libros para leer.

Su persistente activismo la convierte en objetivo del gobierno marroquí. Como no se inmuta ante las amenazas de violencia física, es objeto de constantes campañas de difamación. Un artículo sobre ella que puede encontrarse en un sitio web de los servicios de inteligencia marroquíes la describe como "anteriormente secuestrada y actualmente demente".

Hoy, Fatimatu se plantea visitar el lugar donde pasó 16 años de su vida detenida. Este viaje le servirá para enfrentarse a su pasado y el sufrimiento que padeció, rendir homenaje a los compañeros que fueron brutalmente asesinados en aquellos fatídicos años y volver a visitar el lugar infernal donde encontró al amor de su vida.

Entrevista y texto de Asria Mohamed